



A. F. Cid A

GRANADA: HISTORIA DE UN FESTIVAL

Los treinta y dos años de la Ciudad de los Cármenes, resumidos en un libro y una exposición

Valió la pena. La verdad es que cuando, en el otoño de 1983, recibí el encargo y la invitación formulados por la Dirección General de Música y Teatro, cuando acepté el cordial reto que me lanzaba José Manuel Garrido, su titular, no sabía bien lo que me esperaba. Han sido muchos meses, horas y horas de trabajo, de nervios, de buscas no siempre coronadas por el éxito, para plasmar gráficamente la historia de un Festival, el de Granada, que conozco muy bien. Porque he sido testigo de todas sus ediciones, a excepción de la de 1979, y no por mi culpa, desde que nació en 1952. Treinta y dos años de vida, que se reflejaron en libro y exposición conmemorativa y que ya reclaman el apéndice de las brillantes celebraciones de 1984 de las que acabo de regresar, justo en el momento en el que se clausuran Festival y Exposición después de veinte prietas jornadas en las que a la música que es Granada misma —flores, cipreses, agua, monumento, paisaje abierto y cerrado a la vez; la silla del Moro de Vigía, en lo alto de Generalife y Alhambra— se une la por sabias manos gobernada en la que han participado ya millares de artistas, nombres famosos, con prestigio internacional, capaz de justificar, si los fondos mismos no la justificasen, la historia internacional del Festival.

Recuerdo muy bien, y así lo cuento con detalle en el libro, cómo nació. Algunos clientes de manifestaciones musicales allende fronteras pensábamos que el encanto de un Aix-en-Provence, con sus recintos abiertos y cerrados, a la vez, para acoger adecuadas sesiones artísticas, podía tener no ya paralelo sino superación si en una ciudad como Granada se establecía un ciclo que emplease los múltiples atractivos de emplazamiento factibles en ella.

Faltaban los medios. Todo hubo de improvisarse, a fuerza de entusiasmo, decisión y voluntad de servicio. Hay nombres que deben figurar en un cuadro de honor de esas horas iniciales. En primer término, Antonio Gallego Burín, granadino insigne, que por entonces era Director General de Bellas Artes, una vez estimulada su ilusión y vencidas sus reservas —“que nadie piense en decisiones caciquiles” — por Antonio de las Heras, que desde la Comisaría de la Música y con



Sviatoslav Richter (Foto Torres Molina).

su experiencia de crítico musical, supo darse cuenta exacta de lo que podía ser Granada como sede para un Festival de altos vuelos y movilizó artistas amigos, contagiándoles su fe. Con ellos, Manuel Sola, pronto Alcalde de Granada y siempre figura de relieve en la capital andaluza, alma decisiva de aquellos pasos para cuya firmeza cooperó, incluso con apoyos materiales necesarios. Y algunos grandes músicos que desde el principio se dieron cuenta de lo que podía conseguirse, en cabeza el insigne Andrés Segovia, con todo el peso de su nombre y la inspiración de su guitarra.

Andrés Segovia, Gaspar Cassadó, siempre impulsor de nobles causas, humanísimo como lo era el sonido inconfundible de su violoncelo, Ataúlfo Argenta, por entonces en la plenitud de su juvenil prestigio como director de la Orquesta Nacional, que se ofreció incondicionalmente y supo, como los propios músicos del conjunto, entonces modelo de comprensión y generosidad, olvidarse de exigencias en bien de la causa noble que se emprendía.

La primera edición, en junio de 1952, se organizó en semanas, casi en días, porque se trataba de no perder las buenas condiciones, el ambiente propicio, en la seguridad de que, una vez emprendido el camino, habría de ser difícil, imposi-

ble, quizá, cortarlo. El comienzo, en el marco poético de la Plaza de los Aljibes, que pronto desapareció como fondo de la pareja de Rosario y Antonio, en el último año de maridaje artístico. Al lado, en el Patio de Carlos V, desde entonces lugar irremplazable de las convocatorias sinfónicas, la Orquesta Nacional, con Argenta y solistas de la talla de Segovia, Cassadó, Cubiles, Consuelo Rubio, brindó programas de música española y de inspiración española. Y los Coros y Danzas animaron algunas noches con sus mensajes de autenticidad popular, mientras que, por única vez en un teatro, sonaba la guitarra de Andrés Segovia en un recital.

Por única vez, ya que al año siguiente, se dió el salto definitivo que supuso la doble conquista fabulosa del Palacio Árabe —Jardines del Partal, Salón de Embajadores, Patio de los Leones, Patio de los Arrayanes— para recitales y sesiones de cámara y el Teatro abierto del Generalife para el ballet. Y aquí sí cabe emplear términos absolutos: no hay un lugar más bello en el mundo, un marco más adecuado para que la danza clásica, la de los velos y los tutús, los saltos, las puntas, las armoniosas combinaciones, se vean rodeadas por el clima estético preciso, con el fondo de los enormes cipresales ordenados disciplinada-

Granada: Historia de un festival

mente como el más perfecto cuerpo de baile imaginable.

Comenzaron los ballets: el español de Antonio y la sensacional Margot Fonteyn en esas lecciones únicas de sensibilidad, gracia, poesía, perfección armoniosa de las que tuvo el secreto.

Gustamos el Debussy del Cuarteto Vegh en el Patio de los Leones, caja de resonancia también para las exquisiteces guitarrísticas de Andrés Segovia, mientras que en ese y sucesivos años desfilaban por los Arrayanes demostraciones únicas: Walter Gieseking, como intérprete de los preludios de Debussy; la pareja Francescatti-Casadesus, para una sesión de sonatas; Wilhelm Kempff, en una sesión de piano romántico... Y, año tras año, las voces más puras y bellas: Victoria de los Angeles, que pasaba de Scarlatti-Haendel, a Fauré, Falla, para desembocar, guitarra en mano, en su personalísima versión, foco de piropos sin cuento, del "Adiós, Granada..." Elisabeth Schwarzkopf, desgranando las maravillas de Schubert, Schumann, Brahms, Wolf... Andando los veranos, la Seefried, la Norman, la Ludwig, Montserrat Caballé, Pilar Lorengar, Teresa Berganza, tantas otras admirables

res, para las sesiones de flamenco, los templos hermosísimos: Capilla de los Reyes Católicos, Catedral, San Jerónimo.

En la Capilla Real casi todos los años se celebran las Misas musicales del festival, en memoria de los músicos fallecidos y siempre de Manuel de Falla. (Esta edición de 1984 el recuerdo se hizo muy hondo y conmovido para Rosa Sabater, en cuya Aula pianística se descubrió también una placa, aparte ofrecerse un concierto especial "in memoriam" en los Festivales). En esa Capilla oímos un día una memorable Misa de Schubert, dirigida por Ataúlfo Argenta a la Orquesta Nacional y el Orfeón Donostiarra.

En la Catedral, no faltan los conciertos de órgano, en los dos instrumentos magníficos disponibles.

En San Jerónimo, como uno de los grandes acontecimientos, se ofreció en 1962 el estreno granadino de "L'Atlántida" -Victoria de los Angeles, Donostiarra, Nacional...-, que fue dirigido por Rafael Frühbeck, porque sólo un mes antes falleció el *mestre* Eduard Toldrà, tan querido, que había de ofrecerlo como en Barcelona y Cádiz. (La historia se repite: porque fue Toldrà quien, en 1958, sustituyó



Rafael Frühbeck y Victoria de los Angeles en el estreno granadino de "Atlántida" (Foto Torres Molina).

liederistas, heredaron el cetro, ya en ese rincón mágico, con su rectangular alberca, ya en la arquitectura inmovible del Carlos V, sólida como las sinfonías de Mozart, Beethoven, Brahms que se desplegaban para gozo de los aficionados.

El Festival de Granada imponía su singularidad por esa adecuada pluralidad de fondos. La relación es copiosa: he citado varios del Palacio Arabe, recordado los de Carlos V y el Generalife. Sumemos el Corral del Carbón, el Paseo de los Márti-

a Ataúlfo Argenta, en la memorable "Vida breve" que había de presidir Argenta, muerto meses antes. Una "Vida breve" -Victoria de los Angeles, Cantores de Madrid, Nacional, ballet de Antonio, dirección escénica de Luis Escobar...- que se inscribe entre las más sensacionales conquistas de estos Festivales).

Fondos múltiples, adecuados. Para animarlos, un número inagotable de grandes figuras.

Se han citado algunas. Recordemos



Ataúlfo Argenta en el Palacio de Carlos V.

que en 1956, a las tres de la madrugada, en casa de Manuel Sola, nació en Granada el Trío Menuhin-Casadó-Kentner. Que Artur Rubinstein participó en varios festivales. Que andando el tiempo acudió a ellos Rostropóvich.

Y maestros... Primer invitado español, luego de Argenta, Toldrà. Del exterior, Jean Martinon. Pero ¡cuántos más! Schuricht, Scherchen, Rossi, Kubelik, Maazel, Mehta, Barenboim, Mravinsky, Haitink...

Hasta 1970, única orquesta sinfónica, la Nacional. Ya muchas de cámara: de Stuttgart, I Musici, como, un día, la Academy, la de los Angeles, los Virtuosi de Moscú... A partir del 70, y aparte, desde que nace, la Sinfónica de RTVE., comienzan las invitaciones a orquestas extranjeras. Y si la relación se abre con la Nacional Húngara, ya en 1973, el máximo acontecimiento depara la presencia de Karajan y la Filarmónica de Berlín, seguidos por Celibidache con la Orquesta de Stuttgart, la Staatskapelle de Dresde, la Filarmónica de Leningrado, la London Symphony, la Orquesta de París...

Todos los ballets de relieve: desde el Sadlers Wells, el de la Opera de París, el American Ballet, a los del Siglo XX. Desde Béjart a Nuréyev. Todos los españoles;

con insistencia, muchos años, en el de Antonio.

Y siempre, la Orquesta Nacional, irremplazable, con todos sus titulares: de Argenta a López Cobos, pasando por Frühbeck y Ros-Marbà.

Párrafo aparte para Frühbeck. Dirigió muchos años. Ninguna batuta más asidua. Ninguna más al servicio de los grandes oratorios, encabezada la relación por la sinfonía de los mil, de Mahler, de quien este mismo año de 1984 utilizó la tercera, para la clausura, Gómez Martínez, con la RTVE, la noche en la que su ciudad le entregaba la Medalla de Oro como hijo diletto.

Frühbeck, presente en 1965, el año en el que se ofrecieron las nueve sinfonías de Beethoven, como dos más tarde los conciertos pianísticos, con del Pueyo. Frühbeck, aglutinador de grandes masas, incorporado el Coro Nacional, como después el de RTVE.

Imposible seguir paso a paso una historia que reclama páginas y páginas hasta para el resumen ceñido. Pero no puedo olvidarme de lo que, para mí, constituyó acontecimiento excepcional: la versión de "Un rapto en el Serrallo", la ópera de Mozart... en el serrallo de la Alhambra, del Palacio Arabe granadino. Con la Ópera de Hamburgo, la dirección de Horst Stein, un equipo de voces calificadas.

Tampoco, de dos hechos trascendentes: el nacimiento en 1970 del Curso Manuel de Falla que, dirigido siempre por Antonio Iglesias, supone la expansión pedagógica del Festival, con gran cuadro docente y multitud de alumnos de todas las procedencias; la inauguración, cabe la Casa natal del músico, del Centro Manuel de Falla, obra del Arquitecto García de Paredes, con un magnífico Auditorio, que se incorporó a la vida musical granadina y también sirve de fondo propicio a sesiones festivaleras.

Eso, y la evolución positiva —pasmosa, cabría decir— de la afición, capaz de colmar todas las sesiones. Lo que nació un poco en clima de fiesta social, se ha convertido en brillante Festival de música al que se va para oír en silencio, aplaudir con entusiasmo. Y es la propia Granada quien colma las sesiones todas, con puntualidad y vibración palpables.

La siembra, así, no ha caído en saco roto. Ni mucho menos. Es el mejor fruto de ese esfuerzo común Granada-Madrid, Madrid-Granada, "tanto monta..." —por



Manuel de Falla.

el que la ciudad puede considerar como propio a su Festival y el resto de los españoles quererlo como representación dignísima de nuestro presente artístico en el mundo.

Cuando, días atrás, repasaba la historia del Festival ante los paneles que recogían más de quinientas fotografías del mismo, la satisfacción mayor surgía de pensar en esa continuidad y en ver que las autoridades autonómicas andaluzas, las de Granada y la Administración Central se disponen a sostener —y elevar, si es posi-

ble— el ángulo de mira de una prueba por la que todos podemos sentirnos orgullosos.

Personalmente, repito, agradezco a José Manuel Garrido, que me haya hecho ahondar más, por el moroso repaso y paladeo de tantos fastos en lo que ya es historia, pero, venturosamente, con actual continuidad. Dios la depare brillantísima al Festival de Granada.

Antonio Fernández-Cid